

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

03

La Novela Semanal Cinematográfica



**El pacto
secreto**

POR

Henry Edwards
Isabel Jeans
Lillian Oldland

50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléf. 18551

.....

El pacto secreto

Novela de aventuras

Interpretada por

HENRY EDWARDS, ISABEL JEANS,
LILIAN OLDLAND, etc.



EXCLUSIVA DE

Cinematográfica Almira

Rambla de Cataluña, 46

BARCELONA

El pacto secreto

Argumento de la película

En todos los mares de la tierra, como islotes separados de la poderosa Albión, las escuadras británicas protegen el paso a todos los puertos y dan fin a la vergonzosa esclavitud.

Los últimos piratas con los cuales han de combatir son los veleros chinos, apaches de mar, que tras la enseña mercante esconden sus rapaces instintos.

Llevando la civilización a la boca de sus cañones, la escuadra inglesa puso proa a Oriente, foco de guerras, sublevaciones y alzamientos.

Al cabo de un mes de viaje se llegó a una ciudad del Asia donde el comercio vivía entre explosiones de odio.

En aquella lejana ciudad china, la concesión comercial inglesa era como un barrio de Londres, manantial de oro del gran imperio colonial.

Frente a la ciudad ancló el buque almirante.

El jefe supremo de las fuerzas era Sir Bekerley, noble, severo y buen padre para todos los marinos.

Pocos días después de haber anclado en el puerto, el almirante reunió en su despacho a los oficiales y les dijo:

—Señores oficiales: Toda precaución es poca en esta tierra de la China. El chino es astuto y traidor. Bajo su aparente frialdad esconde un volcán de odio. No fiarse de las aventuras en tierra y cerrad el buque a visitas sospechosas.

Edward, capitán de infantería de marina, militar pundonoroso y noble, respondió:

—Tal es mi criterio, señor... Por eso no encuentro acertado el desembarco del teniente Gerardo Larcelles en busca de fantásticos enemigos.

Los demás oficiales coincidieron en la apreciación, pero el almirante se echó a reír y exclamó confiadamente:

—Gerardo Larcelles es capaz de engañar a todos los chinos... y a todos los europeos juntos. ¡No temáis por él!

—Sin embargo...

—Lucha por nuestra causa y estoy seguro de que no le ha de ocurrir nada de particular. Ha demostrado diferentes veces que es hombre que sabe escurrirse de la misma boca del lobo.

Así era en efecto. Gerardo Larcelle era uno de los oficiales más distinguidos de la armada británica y había realizado diferentes hazañas que le dieron el título de héroe. Aquellas mismas tierras orientales conocían magníficas glorias del joven oficial, modelo de militares y de valientes que jamás retrocedió ante el peligro.

El almirante Sir Bekerley no le admiraba únicamente por los anteriores títulos, sino por motivos más íntimos y sentimentales. Gerardo era el novio de su hija Virginia, encantadora flor de juventud.

Entró un marinero anunciando la llegada de dos generales indígenas. No tardaron éstos en presentarse saludando a los ingleses con zalamería oriental.

—Caballeros oficiales — dijo el almiran-

te —, tengo el alto honor de presentarles a los jefes del ejército nacional chino que solicitan el apoyo de Inglaterra.

Los oficiales abandonaron el despacho y



—Elementos europeos excitan a nuestro país...

el almirante tuvo una entrevista con los personajes chinos.

Uno de los jefes orientales, dijo:

—Sir... Elementos europeos excitan a nuestro país, llevándole a luchas fratricidas y dolorosas... Atravesamos una espan-

tosa crisis de ideas en la que nadie sabe lo que pide ni por lo que lucha.

—Tengan confianza en nosotros—respondió Sir Bekerley—. Tenemos noticias de los manejos de esos comunistas de Europa y haremos todo lo posible para hacer fracasar sus planes.

—Fiamos en esa ayuda.

—Y en último extremo, contamos con hombres bien armados para hacer cesar la revolución.

Largo rato estuvieron comentando la situación, dando el almirante Sir Bekerley la seguridad de que Inglaterra con todo su poder sabría oponerse a los manejos de los destructores de la sociedad civilizada.

Tras de beber unas copas de vino, brindando por aquella firme amistad, los generales abandonaron el buque, plenos de confianza en la palabra de sus aliados.

Mientras tanto, en las calles de la concesión inglesa todo era tranquilidad y orden, sin otro movimiento que el de la ordenada agitación comercial.

Pero en los límites del barrio donde vivía

la población indígena, gentes desconocidas lanzaban el grito de guerra.

Se habían congregado muchos hombres ante la palabra ruda y brutal de un europeo, de facciones eslavas, que les predicaba la revuelta.

Llevaba una poblada barba y con grandes gestos defendía sus bulliciosas doctrinas.

—¡No creáis las palabras de paz que las espadas enemigas pusieron en nuestras calles! ¡Cada extranjero es un explotador!... ¡Creed al que os habla, fugitivo de las garras de esos miserables!

—¡Abajo los ingleses!—gritó una voz.

—¡Sí! ¡Sí!... Dicen que vienen a civilizaros y lo que traen es un tenderete para apoderaros de vuestra tierra y vuestro dinero.

Cerca de allí escuchaban aquel exaltado discurso, dos ingleses, Melitón y Fermín, contramaestres de la escuadra, dos torpederos rezagantes que desde la frontera de la concesión vigilaban al enemigo.

Escuchaban asombrados aquellas diatribas violentas contra Inglaterra.

—¡Bueno! En cuanto se me ponga a tiro, lo torpedo—dijo Fermín.

—Yo me voy a hacer, con sus barbas, un cepillo para los dientes.

—¡A ti te veo con los dientes sucios para toda la vida! ¡Si eres un cobarde!

—¿Cobarde yo? ¡No lo fueras tú tanto!

Pero los chinos descubrieron aquellos dos ingleses, y enardecidos por las provocaciones del agitador, comenzaron a tirar piedras contra ellos.

Mal la hubieran pasado los dos contramaestres de no pasar en aquel instante una compañía de infantería de marina que con su sola presencia dispersó a los revoltosos.

También el orador puso pies en polvorosa, pero fué alcanzado por Melitón y Fermín, que después de tirarle varias veces de la barba negra para convencerse de que no era postiza, le dejaron huir no sin propinarle una paliza de órdago.

Contentos de su hazaña, los dos amigos, cogidos del brazo, reemprendieron su camino.

Pasó ante ellos un oficial de marina que iba sentado en un palanquín. Le saludaron, y Melitón comentó al oído de su amigo:

—En cuanto tenga galones, los chinos me van a arrastrar como a ese oficial.

—¡Pues yo querré que me arrastren las chininas!

—¡A mí no me achicas! ¡Yo me compraré un “cuarenta chinos” con bocina y todo, que quite la cabeza al que se ponga delante!

Y trazando planes en la frágil pizarra del porvenir se reintegraron al buque almirante.

* * *

La delegación de agitadores europeos que querían sembrar doctrinas perniciosas en el alma china, tenía una apartada residencia donde celebraban sus conciliábulos con los jefes de la sublevación popular, chinos enemigos del actual gobierno que soñaban con un cambio de régimen.

Ivanoff, el jefe de los propagandistas, había invitado a todos sus amigos a comer.

De sobremesa se animaron las conversaciones. Un criado chino procuraba acercarse con gran cautela a Ivanoff para escuchar lo que éste decía en voz baja a uno de sus cómplices.

—Para ayudar a nuestra labor—explicaba—hoy llega de Europa la titulada princesa Nadia Alexandra.

—¡Esto va bien!

—Trae la orden de apoderarse del pacto naval secreto entre Inglaterra y sus aliados, redactado por el Almirante Sir Berkley.



...había invitado a todos sus amigos...

—Sería un golpe estupendo.

—Que tendrá realidad, no lo dude. Nadia Alexandra posee una atracción singular y es capaz de rendir a todos los oficiales de Su Graciosa Majestad británica.

—¿Dónde se hospeda?

—La he reservado el cuarto 68 del Gran Hotel... Allí nos entregará el pacto y al propio almirante o su famoso teniente Gerardo Larcelle si nos sirven para algo.

El criado chino que tanto interés parecía tener en aquella conversación y de la cual había recogido los puntos más principales, se acercó a Ivanoff y a su cómplice y les ofreció unas copas de licor. Luego fué rondando por allí, hasta que advertido por una severa mirada del jefe, tuvo que abandonar el comedor.

Ivanoff, con su amigo Brusil, cómplice de categoría, apartóse a un rincón de la estancia, junto a unos cortinajes, y siguió hablando de Nadia Alexandra y de su plan.

—¿Y es tan hermosa esa mujer que usted dice?—preguntóle Brusil.

—Véala usted mismo. Aquí tengo una fotografía.

Y de los faldones de su chaquet sacó un retrato.

El chino, por las entreabiertas cortinas, acababa de verlo todo.

Brusil contempló la admirable efigie de aquella mujer y exclamó con gesto un poco doloroso:

—¡Esa mujer fué en algún tiempo mi novia!... ¡Es para mí muy doloroso verla en coqueteos con los enemigos!

—Ello es menester por el triunfo de nuestra causa, querido amigo—agregó Ivanoff a tiempo que volvía a guardar en el faldón aquella fotografía.

Pero, involuntariamente, en vez de guardarla en los faldones, la dejó caer al suelo, sin que notara su distracción.

El criado chino, entreabriendo las cortinas, cortó con unas tijeras el faldón donde suponía había Ivanoff guardado el retrato.

Cuando tuvo el faldón en su poder, vió que en él había una cartera sin documento alguno interesante, y que en cambio faltaba el retrato.

¿Cómo no estaba allí?

Volvió a mirar y entonces vió la fotografía en el suelo. En el instante en que iba a tomarla, Ivanoff la recogió y fué a guardarla en el faldón.

¡Cuál no sería su sorpresa al ver que su "chaquet" estaba cortado por la parte posterior, que uno de los faldones había desaparecido!

¿Qué significaba eso? ¿Querían robarme el retrato?

Todos acudieron y miraron extrañados la prenda mutilada que indicaba claramente que alguien les estaba traicionando.

Atraídos por el criterio, aparecieron rápidamente los criados, e Ivanoff, fijándose en el camarero al que antes había tenido que advertir para que se retirara, le señaló y dijo:

—¡Este es el espía!... Su actitud ha sido sospechosa... ¡Detenedle!

Pero el oriental no era hombre que se dejase alcanzar fácilmente. Dió un salto rehuyendo a sus enemigos y lanzó por toda la estancia un puñado de polvos. Y huyó rápidamente saltando por una ventana, mientras Ivanoff y sus amigos se restregaban los ojos irritados por la excitante substancia.

Gracias a unos polvos lacrimógenos, aquel extraño espía pudo escapar.

El camarero se dirigió a una calle donde estaba parado un automóvil, vigilado por Melitón. Este llevaba algunas horas aguardando allí, en virtud de orden del teniente Gerardo.

—Condúzcame en seguida a bordo—dijo el camarero.

Melitón le miró extrañado.

—Bueno, ¿y quién eres tú?

—¿Desde cuándo es tan torpe mi contramaestre que no reconoce al teniente Gerardo Larcelles?

Arrancóse el pequeño bigote que le desfiguraba, limpiándose el rostro donde había acentuado con pintura sus facciones y apareció, sonriente y ufano, el rostro juvenil del teniente.

—¡Oh, mi teniente! ¡Cualquiera le iba a conocer!

—No perdamos tiempo... y al barco.

Y como una exhalación partieron hacia el puerto donde parecían dormitar los grandes monstruos de hierro de la marina británica, enfilando sus cañones como símbolo de amenaza o de protección.

Poco antes, había llegado a bordo, un chino con un hatillo en el hombro. No le querían dejar entrar, pero el visitante había insistido.

—Tengo *pelmiso* pala recoger las *lopas* usadas de los oficiales y *tlaeles chuchelías* de *tiela*.

—Pues despacha pronto...

—Y además, el oficial *Gelaldo Lascelles* me *encalgó limpiale* su *camalote* y lo *decolase* al gusto *oriental*.

Todo ello era cierto. Aquel chino se había ofrecido para comprar ropa usada así como para decorar a la usanza indígena algunos de los camarotes.

Gerardo fué de los oficiales que aceptó.

El chinito se instaló completamente solo, en el camarote de Gerardo, para *decolallo*.

Pero el astuto oriental limpiaba y decoraba de una manera muy especial el camarote.

Lo primero que hizo fué introducir un pedazo de cera en la cerradura de una pequeña caja de caudales que allí había y luego de haber sacado el molde, lo guardó cuidadosamente.

Después comenzó a limpiar... a decorar...

Gerardo llegó a bordo dirigiéndose inmediatamente al despacho del almirante.

—¿Qué ocurre, Gerardo?

—Señor almirante... Cumpliendo la palabra que un día le di de no casarme con su hija hasta lograr una nueva hazaña, he dejado sin cartera a los espías...

Y le entregó la que había quitado a Ivanoff.

—Está vacía.

—Desgraciadamente es verdad. Había un retrato, pero no me pude apoderar de él. Y sé también que esperan a una muchacha, cuyo nombre me reservo, para volver locos a todos los oficiales ingleses.

—Pues mucha atención...

—No me faltará. Si hay un complot de espionaje, yo sabré hacerle fracasar.

Jovial, satisfecho, abandonó el despacho.

Encontró en un corredor a su amigo Edward y los dos se dirigieron al camarote de Gerardo.

El chino había comenzado sus obras de decoración, y Gerardo, sonriente se burló de él y de su trabajo.

Bebió luego unas copitas con Edward y éste exclamó:

—¡Bebo para que esta noche en el hotel te vacíe la cartera en la partida de poker!

—Y yo lo mismo!

El chinito prestó profunda atención a aquellas palabras y luego se alejó hasta el día siguiente.

Al salir fué cacheado por unos marine-

ros. Los chinos eran capaces de todo. Había que vigilar no se llevasen alguna cosa.

Pero con rostro cándido, se dejó registrar... El era honrado, de lo más honrado que se puede ser en este mundo... Efectivamente, nada le encontraron de particular.

No comprendieron el gran valor que tenía el pedacito de cera...

* * *

Rumbo al puerto oriental, en un moderno buque, verdadero palacio flotante, viajaba Virginia Bekerley, la hija del almirante de la escuadra.

En el parque de recreo del "paquebot", Virginia pasaba las horas que la separaban de su amado, el teniente más famoso de todos los buques ingleses.

Virginia estaba locamente enamorada de Gerardo, el oficial bravo y calavera que prometió una nueva heroicidad antes de ser el dueño de su amor.

Un oficial acercóse a la joven para anunciarle que la telegrafía sin hilos había logrado comunicar con el buque almirante.

Corrió Virginia al cuarto de la "radio" y allí puso un mensaje a su adorado.

Para ello se valía nada menos que de la clave secreta del Almirantazgo que su novio le había proporcionado para poder transmitir de este modo aquellos mensajes de amor.

Desde el buque recibió Gerardo con profunda alegría aquellas dulces líneas que a través del mar le enviaba su enamorada.

El almirante Bekerley había concedido permiso a su hija Virginia para que a su llegada al puerto, fuese a vivir al buque de guerra...

“Estoy esperando las hazañas de Gerardo —le había dicho ella en una carta— y quiero con mi presencia darle un poco de prisa para que vuelva a ser héroe.”

Bekerley comunicó al teniente Gerardo aquella carta que no sorprendió demasiado al enamorado, quien recibía directos mensajes de Virginia.

—Vendrá a bordo... Pero lo que no permito es que os caséis en China—le dijo el almirante.

—No tenga usted miedo... La boda se celebrará en Londres.

Deseaba Gerardo poder vencer cuanto antes la organización enemiga de su patria

para regresar a Inglaterra y convertir en realidad su dulce sueño de unirse con Virginia.

Al día siguiente, llegaba al Gran Hotel, instalándose en la habitación número 68, la titulada Nadia Alexandra, cómplice de los revolucionarios a cuyo servicio había puesto su belleza.

Lo primero que ella hizo fué tomar un baño para aparecer más rejuvenecida, más ágil.

El gerente del hotel, un caballero ceremonioso y galante, llamó al cuarto de baño para que tuviera la bondad de firmar en el libro registro de viajeros.

Ella, entreabriendo la puerta, sacó el desnudo brazo, y trazó en rasgos energicos su firma:

Nadia Alexandra.

—Falta ahora la nacionalidad, señora.

La dama puso a continuación:

Andruska.

Retiróse el gerente haciendo grandes y cortesanas reverencias. En la antesala encontróse con un caballero.

—¿Desea usted algo, señor? — le preguntó.

—La princesa Nadia Alexandra me espera—respondió el interpelado.

—¡Ah, perfectamente!

Desapareció el director con el libro de viajeros debajo del brazo, y el visitante tuvo que aguardar largo rato a que la diosa acabase de hacer su “toilette”.

La princesa Nadia Alexandra, mujer de cabaret en París, artista de ópera en Italia, camarera en Egipto, era el tentáculo de poderosa asociación de espionaje internacional.

Saludó afectuosamente a su amigo al aparecer ante él.

—¡Oh, Brusil! ¡Cuánto tiempo sin vernos!

—Nadia... Traigo instrucciones concretas... Por orden de los jefes supremos, debe usted captarse las simpatías de los oficiales de la armada... Uno de ellos, Gerardo Larcelles, es nuestro declarado enemigo.

—Lucharé con él primero que con nadie.

—Para mí es un gran dolor comunicar tal orden—dijo con voz velada por la tristeza—. ¡Yo no puedo olvidarla a usted, Nadia!

—¡Vamos, no se preocupe! Lo nuestro

ya pasó. Fué un “flirt”, una cosa agradable y dulce que sería absurdo nos empeñásemos en resucitar... Y en cuanto a mí, no tema... Yo sé enamorar, ¡pero también sé hacerme respetar!

La conversación duró largo rato sin que Brusil volviera a insistir sobre aquel pasado de amor.

—¡Venceré!... ¡Nunca he perdido ninguna batalla!—fueron las últimas palabras de la hermosa.

Entretanto, en el buque almirante, seguían todos a la expectación, aguardando los acontecimientos.

Los dos contramaestres Melitón y Fermín entretenían sus ocios colecciónando postales de las bellezas indígenas con poca ropa.

Aquel día sorprendió el teniente Gerardo a Fermín en tan divertida tarea.

Miró una de las postales y la tiró al suelo con desprecio.

—Expresiones a tu nodriza china—dijo mirándole—; cochino!

Y dejando a Fermín enmudecido por la vergüenza, Gerardo Larcelles se encaminó al despacho del almirante. Sir Bekerley se

encontraba hablando con el capitán Edward.

El almirante le entregó un documento y le dijo:

—Es la completa redacción del proyecto del pacto naval secreto... ¡Guárdelo con las órdenes del Almirantazgo!

Edward y Gerardo se dirigieron a la habitación del último y depositaron en la caja de caudales el importantísimo documento.

—¡El pacto secreto!—exclamó Edward.—
¡De su custodia respondemos con nuestro honor!

—Está en buenas manos. Pero... ¡quieto!...
¡Un espía!

Volvióse Edward alarmado mientras su amigo se inclinaba para coger un gatito y echarlo de la habitación.

—Nunca serás un hombre formal—le dijo Edward moviendo la cabeza.

—¿Qué quieres? Entre risas paso la vida... y entre risas procuro hacer heroicidades.

—Bueno... ¿me acompañas al hotel? Juguaremos nuestra partida de poker. Ya sabes que cada noche nos reunimos allí con varios amigos de la colonia.

—No tardaré.

—Procura ser puntual y no enredarte con tu sospechosa manía de héroes en busca de espías.

Marchó Edward, y Gerardo se dirigió al cuarto del telegrafista para poner un “radio” a su novia.

En aquel mismo momento, ella le enviaba un despacho por medio de clave.

Encerróse Gerardo en su habitación para descifrarlo.

—Si supiese el almirante que nos servimos de la clave para decirnos tonterías!—pensó.

No tardó en traducir el despacho. Decía así:

*Vidita. Llego pronto. Pero ignoro fecha.
Espérame. Tuya, tuya,*

Virginia.

Satisfecho por aquella noticia contestó a su amada con la ternura del verdadero enamorado.

Y no tardó en encaminarse al Grand Hotel, sitio de moda donde se reunía lo mejor de la colonia europea.

En el hall saludó al gerente del hotel, del que era antiguo conocido.

Luego fué al mostrador y pidió tabaco. Vió frente a él el libro registro de viajeros y pudo leer en la página que estaba abierta, el nombre de Nadia Alexandra, que procedía de Andruska y habitaba en el cuarto número 68.

Aquel nombre le estremeció. Trajo a su imaginación el recuerdo de Ivanoff y de aquella pandilla de revoltosos que él conoció cuando por enterarse de lo que tramaban se fingió chino y camarero.

¡Nadia Alexandra! Aquella mujer era la indicada por Ivanoff para atraer con su belleza a los oficiales jóvenes, especialmente a Gerardo.

La aventurera había ya llegado. Era menester estar prevenido contra sus afiladas garras.

Después de jugar con sus amigos, procuraría enterarse del asunto.

Subió lentamente la escalera hacia la sala de juego.

En la habitación número 68, Nadia Alexandra estaba hablando con dos chinos.

—Señora—decía uno—, nosotros nos apoderaremos del tratado secreto, pero es preciso que alguien lo saque de a bordo... A

nuestro compañero le registran todos los días al salir.

—Eso corre de mi cuenta...

La puerta estaba abierta. Uno de los chinos vió avanzar por el corredor a Gerardo.

—¡Es el oficial Gerardo Larcelles, señora!... Si usted quisiera...

—¡Aprovechemos el momento!... ¡Simulemos un ataque!—exclamó ella.

Y derribando en silencio dos o tres sillas y tirando al suelo varias joyas, comenzó la comedia.

Nadia se puso a gritar:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Gerardo escuchó las angustiosas voces y lanzóse a auxiliar a la dama de aquella habitación.

Vió a una hermosa señora que luchaba desesperadamente con dos chinos, que pretendían robarle las joyas.

Lanzóse contra ellos y combatiendo a brazo partido, los derribó al suelo.

Corrió en auxilio de la bella mujer que le contemplaba con una palidez suave.

—¡Señora! ¡Voy a llamar! ¡Ah! ¡Estos miserables!

Ella le atajó con un gesto.

—No, no llame. Me encuentro ya mejor. Por favor, un poco de agua.

Llevando el peso de aquel hermoso cuerpo, el oficial se acercó a una mesa, llenó una copa y se la dió a beber a Nadia.

Uno de los chinos se levantó y pretendió arrojarse contra el militar. Este, depositando a la dama en un sillón, levantó en vilo al oriental y lo lanzó fuera de la estancia.

Volvió al lado de Nadia que le sonreía con dulce gratitud, con ojos en los que brillaba una llama de deseo y de interés.

El otro chino estaba aún caído en tierra, como muerto.

Y entretanto, los jugadores de poker esperaban a Gerardo. Ante el inexplicable retraso del oficial, Edward se levantó y dijo:

—Gerardo estará cazando espías... Voy a ver si por casualidad se encuentra abajo.

Al pasar por el corredor, su amigo, que sostén aún en sus brazos a la peligrosa aventurera, le llamó, acudiendo Edward, sorprendido de encontrarlo en tan galante compañía.

—Perdón por mi tardanza—dijo Gerardo a su compañero—. Pero esta dama tan agra-

dable fué atacada por unos miserables y...

—¡A su compañero le debo la vida!—explicó Nadia.

Y contó en breves palabras la agresión de que había sido objeto.

El chino fué arrastrándose hasta la puerta y ya en ella hizo un extraño gesto a Nadia, que Gerardo sorprendió con profunda extrañeza y estupor.

¿No era aquello un símbolo de complicidad, de inteligencia? Quiso seguir al chino, pero ya éste acababa de escapar por una ventana, desapareciendo rápidamente.

Gerardo volvió a entrar en la habitación, mientras, sin parar mientes en aquel incidente, Nadia y Edward charlaban.

Fué entonces cuando fijóse el joven teniente que la habitación era el número 68.

¡Ah, demonio! ¡Aquella mujer era nada menos que Nadia Alexandra! Es decir, la aventurera internacional, venida para luchar exprofeso contra él y robar el pacto secreto.

Era preciso obrar con cautela. Que nadie sospechara nada.

—El miserable ha huído. ¿Quiere usted

que vaya a denunciar a la policía el atraco?
—dijo.

—No se moleste, se lo ruego... Me horro-
rizzan las declaraciones. No han podido ro-
barme, gracias a usted, y esto me basta.

Edward, por su parte, parecía muy com-
placido con la compañía de aquella gran
señora que se presentó a sí misma como la
princesa Nadia Alexandra.

—Mi padre fué almirante de las escua-
dras de Andruska — dijo Nadia —. Siento
gran interés por los barcos... Me place mu-
cho ver los juegos de la marinería.

—Señora —dijo Edward, sonriente—. Yo
obtendré del almirante una invitación para
que presencie usted los ejercicios burlescos
de nuestros hombres en fiesta.

—Se lo agradeceré mucho. ¡Oh, la mari-
na! ¡Una de mis grandes pasiones!

El teniente Gerardo inició la despedida.
Disimulando perfectamente, manifestó tam-
bién su complacencia por su próxima visi-
ta a bordo.

Salieron los dos marinos, encantados al
parecer, con la amistad que el destino aca-
baba de brindarles.

Gerardo estaba preocupado interiormen-

te, pero no quiso manifestar al capitán
aquellas sospechas.

Era preciso saber esperar, esa gran oca-
sión de los triunfadores.

Y volvió a bordo ratificando las afirma-
ciones de su amigo Edward de que Nadia
era una encantadora mujer.

* * *

Días después, en honor de la colonia eu-
ropea, los tripulantes de los buques de gue-
rra, como niños grandes, realizaron juegos
de pueblo, evocadores e infantiles.

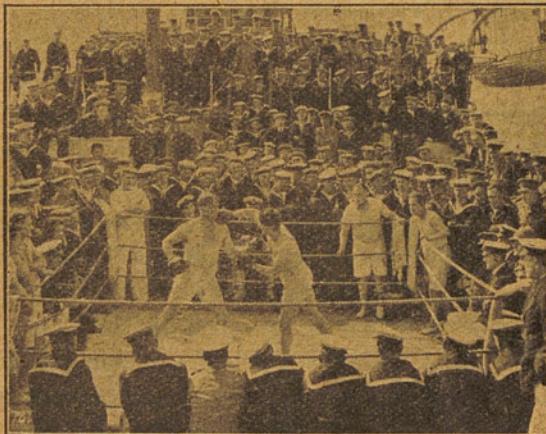
Se jugó a saltar a la comba, a la gallina
ciega, a carreras de sacos o con un solo pie,
a partidos de boxeo y de bolos.

Nadia Alexandra no podía faltar. Sabía
bien la importancia que tenía su presencia
en el barco almirante. Y allá acudió.

Fueron Edward y Gerardo los que acom-
pañaron a la hermosa mujer; el primero con
entera confianza y sinceridad; el teniente
procurando ocultar el recelo que la aven-
turera le inspiraba.

Ella, vestida de tonos de rosa, con la ce-
rrada sombrilla en la mano, parecía feliz,
dichosa de encontrarse en cubierta.

Mientras tanto, en el cuarto del teniente Gerardo Larcelles, el decorador chino que había ya casi acabado su obra, conseguía abrir la caja de caudales por medio de una llave que se había proporcionado con el



...en honor de la colonia europea...

molde de cera, y se apoderaba del importante documento secreto, aquel pacto de mutua ayuda entre el gobierno chino y el inglés.

Con tan precioso documento en las ma-

nos marchó de allí, buscando la ocasión propicia para entregarlo a Nadia.

El teniente Gerardo fué llamado a su despacho por el almirante. Quedó Nadia acompañada de Edward paseando por cubierta.

Vió ella de pronto al pasar ante una de las puertas de las cámaras, al cómplice chino que le hacía una seña.

Comprendió. Había llegado el momento.

—¿Qué barcos son aquellos que se ven en la lejanía?—preguntó a Edward, señalando un lejano punto del horizonte.

—Son varios torpederos nuestros que acaban de llegar—contestó el capitán adelantando unos pasos.

—¡Ah, gracias!

Aquel momento de distracción de Edward, que tenía la vista clavada en los barcos de guerra, fué bien aprovechado por Nadia.

Discretamente alargó la sombrilla, y el chino depositó en ella, el pacto secreto.

Contenta de que Edward no se hubiera dado cuenta de nada, la aventurera siguió su camino, hablando de cosas frívolas y banales.

De repente, Nadia tropezó y la sombrilla cayó al suelo.

El corazón de aquella mujer latió con violencia cuando el teniente recogió del suelo la sombrilla.

—Voy a abrírsela. Le molestará sin duda el sol—dijo Edward.

—¡Oh, no, por Dios!—exclamó, nerviosa, quitándosela de sus manos—. No la uso casi nunca y hoy apenas hace calor.

—Como usted quiera.

Y siguieron caminando, contenta ella de haberse podido librar de aquel grave compromiso.

El teniente Gerardo había acudido al despacho del almirante donde éste se hallaba firmando el correo.

—Tome usted estos documentos—le dijo el almirante, dándole unos papeles—y guárdelos en el lugar donde tiene el pacto secreto.

Gerardo se dirigió a su habitación; abrió la caja de caudales y al depositar el legajo observó con estupor que había desaparecido el tratado.

Quedó unos minutos sin poder dar crédito a lo que veía. ¡Era imposible que le

hubiesen robado! ¡La cerradura estaba intacta!...

Buscó, miró por el suelo, registró los otros papeles... Nada...

Dejóse caer en un sillón, horrorizado ante la gravedad de la culpa que caía sobre él.

¡Un documento tan importante, verdadero plan contra los enemigos de la patria!

Aun siguió buscando con la engañoso esperanza de que se le hubiese traspapelado aquel documento y lo hallara revuelto entre los otros.

Y mientras Gerardo sentía el peso de su enorme responsabilidad, el almirante recibía una carta urgente del jefe militar chino, en que solicitaba una entrevista ante la proximidad de la revolución, pues el pueblo parecía dar muestras de violencia.

Ante aquel rápido mensaje se decidió a ir en seguida a tierra. Salió dando orden de que preparasen la canoa.

Despidióse rápidamente de los invitados a la fiesta que aun continuaba en todo su esplendor. Conversó muy cordialmente con Nadia.

—Estoy muy satisfecha, señores... Siento

no poder estar más tiempo en el barco... ¡He visto ya cuanto quería!—dijo ella.

Sir Bekerley, seducido por la adorable sonrisa de aquella mujer, le dijo:

—Yo voy ahora al puerto. ¿Quiere usted aceptar mi canoa para ir a tierra, señora?

—De mil amores...

Y momentos después el almirante y la mujer espía, que apretaba contra su pecho la preciosa sombrilla, se alejaban en una canoa...

Gerardo Larcelles, convencido de que le habían robado, salió de su camarote. En uno de los pasillos encontró al chino decorador que iba acompañado de Melitón.

Arrojándose contra él, le registró sin encontrarle nada comprometedor.

Suplicóle el chino, asegurando que era inocente. Como no había pruebas en contrario, Gerardo le apartó de su lado, dejándole libre y subió a cubierta en busca de Nadia Alexandra.

—¿Dónde está esa mujer?

—Acaba de salir con el almirante... Míralos allá en la misma lancha.

—¡No es torpe esa criatura!—exclamó—

Ha logrado interesar al propio Sir Bekerley... ¡ Debemos temerla!

—¿Qué sucede?—preguntó Edward, extrañado.



... asegurando que era inocente.

—¡Nada... nada!... — exclamó, sin querer confesar a nadie el robo de que acababa de ser víctima.

Un marinero se acercó al teniente y le entregó un radiograma. Era de Virginia

participándole que dentro de tres horas llegaría al puerto.

Meditó Gerardo unos momentos y luego dijo:

—Haz el favor de ir a esperar a mi novia. Yo no puedo.

—Pero... Virginia se extrañará de que tú no vayas.

—Ya le escribiré excusándome. Hazme el obsequio de ir.

—Con mucho gusto.

Gerardo se dirigió a su despacho y escribió una carta:

Te adoro. Te quiero. Te sueño... pero no te voy a esperar. No me preguntes por qué. Veas lo que veas de mí es tuyo tu

Gerardo.

Llamó a Melitón ordenándole que cuando llegase el vapor correo de Inglaterra entregase la carta a Virginia.

Guardóselo el contramaestre asegurando que cumpliría con fidelidad su cometido.

Y en compañía de su inseparable Fermín saltó a tierra para esperar la hora de la arribada del transatlántico.

Gerardo se preparó para recuperar a toda costa el interesante documento.

Al anochecer llegó el magnífico paquebot procedente de tierras inglesas.



...entregar la carta a Virginia.

Melitón, que aguardaba en el muelle en compañía de su inseparable amigo, se dió cuenta de que había perdido la carta.

Buscó por todos los bolsillos y no la encontró.

—¿Dónde la pusiste?

—La guardaba en el bolsillo del corazón. Recuerdo bien.

A pesar de sus registros y tanteos, no encontraron la carta. Y los dos hombres, atemorizados, se alejaron de allí, lamentando su mala estrella y preguntándose qué excusa le iban a dar a Gerardo.

Virginia esperaba anhelante a su novio, y la desilusión empalideció sus mejillas cuando se dió cuenta de que Gerardo no la esperaba.

Edward acudió a saludarla.

—¿Y Gerardo?

—No ha podido venir, señorita...

—Pero, ¿por qué razón?

—La ignoro.

—¡Dios mío!... Confiando en él no dije a mi padre que llegaba hoy... ¿Cómo me presento ahora en su barco?

—¡Es verdad!... Mejor sería que por esta noche se hospedara usted en el Gran Hotel... Su papá está fuera del buque y no sé si sería conveniente...

—Tiene usted razón.

—Y yo me consideraré muy honrado si acepta cenar conmigo en el mismo hotel.

—¡Gracias!... Me contará usted cosas de

Gerardo... ¡Ah, mi novio es un caballero... pero a veces no lo parece!

Se dirigieron al hotel.

Había cerrado la noche. El restaurante estaba animadísimo.

Virginia y Edward ocuparon una de las mesas.

La joven estaba nerviosa. Pero su excitación llegó al colmo cuando vió entrar en la sala a Gerardo en compañía de una mujer de belleza provocativa, deliciosa.

El oficial y la aventureña se aposentaron en una mesa cercana.

—Edward, ¿quién es esa mujer?

—Se llama Nadia Alexandra... No comprendo... pero mucho temo que se trata de un asunto diplomático.

—¿No ve usted cómo la mira? ¡Ah, eso es un "flirt", una conquista!... ¡Y yo tan estúpida he creído en las palabras de Gerardo!

El capitán intentó calmarla sin conseguirlo.

Gerardo había visto a Virginia. La saludó con una delicada sonrisa a la que ella apenó contestó. Luego, prescindiendo absolu-

tamente de que su novia estaba allí, dedicó todas sus galanterías a Nadia.

Había bajado a tierra para invitar a Nadia, cuya culpabilidad le parecía manifiesta. Y Nadia, aunque había ya cumplido con éxito su misión, no pudo negarse a aceptar aquella cena. Era preciso evitar la menor sospecha.

Había escrito a Ivanoff para que viniera al hotel a recoger el pacto secreto que tenía guardado en el armario de su cuarto.

El teniente Gerardo procuraba mostrarse afectuoso, cándidamente rendido a los pies de aquella Venus. Brindó por ella, le acarició el brazo... sin sentir compasión, al parecer, por Virginia, que pasaba una noche de amargo suplicio.

Nadia sonreía ante el entusiasmo del oficial. ¡Cuánto poder ejercía su magnética belleza!

Observó el disgusto de Virginia y se echó a reír, preguntando a su amigo:

—¿Es su novia aquella muchacha?

—¡No!... Se trata de una chiquilla celosa—contestó, riendo.

Gerardo clavó la vista en el bolso de

mano de Nadia que ella había puesto sobre la mesa.

Fumaron; el teniente no tenía fósforos y ella abrió el monedero dándole la caja de cerillas.

Tres o cuatro veces se le apagó a Gerardo el cigarro, hasta que ella, un poco cansada, dijo:

—¡Se le apaga el cigarro con mucha frecuencia! ¡Coja los fósforos usted mismo!

Esto es lo que quería Gerardo. Abrió el monedero y al sacar la caja de cerillas, disimuladamente lo registró, sin encontrar el documento.

¡Y sin embargo, estaba seguro de que aquella mujer sabía algo de la traición!

Edward se acercó a Gerardo y le dijo en voz baja:

—Tu conducta no es correcta, amigo. Virginia está sufriendo... Piensa que el almirante ignora que esté aquí su hija.

—Mira, querido, tengo mucho que hacer... ¡Cuídate ahora de Virginia!...

Volvióse el capitán descorazonado, melancólico, mientras Gerardo seguía su idilio con Nadia Alexandra.

Ivanoff, el jefe de los espías, se dirigió

a la mesa de Nadia. Saludó cordialmente a ésta, y la aventurera presentó mutuamente a los dos hombres.

Reconoció el teniente al jefe del espionaje y ahora no le cupo la menor duda que era aquella mujer la que había robado el documento secreto.

Ivanoff contempló con extrañeza a Gerardo, y dijo:

—¡Señor oficial, su rostro no me es desconocido!

—¡Pues para mí su cara me es más desconocida que una aurora boreal!—contestó el teniente.

—¡Pardiez!... ¡Uno ha visto a tantos marineros!

Estuvieron hablando breves minutos. Nadia se levantó seguida de Ivanoff y ambos se despidieron de Gerardo.

El teniente quiso seguirles convencido de que estaba sobre la pista del documento, pero Virginia le cogió por un brazo y se lo impidió.

Cuando Nadia e Ivanoff desaparecieron, la novia dijo al oficial:

—Gerardo, tu conducta es incalificable.

—¡Perdóname, Virginia!—suspiró el—.

¡Te quiero!... ¡Te adoro!... ¡Pero adiós!
Con el tiempo sabrás la verdad.

Abandonó el salón, pero el capitán Edward se lo impidió:



...Virginia le cogió por un brazo y se lo impidió.

—¿Estás loco?... Tu conducta esta noche está pidiendo un tribunal de honor.

—¡Déjame escapar si no quieres que nos fusilen a los dos por imbéciles!

Y apartándole a un lado, salió al jardín y saltando a una balaustrada se dirigió ha-

cia el balcón iluminado que correspondía a la habitación número 68.

Llegó al balcón y vió cómo Nadia entregaba a Ivanoff el pacto secreto.



—Tu conducta esta noche está pidiendo un tribunal de honor.

Ibase a lanzar contra ellos cuando se sintió cogido por detrás.

Volvióse rápidamente desarmando a su

contrario en quien reconoció al chino decorador. Levantólo en vilo y lo echó al jardín.

¡Espía miserable!



...entregaba a Ivanoff el pacto secreto.

El rumor de la lucha había atraído la atención de Nadia e Ivanoff, y al ver al teniente, el jefe espía salió por otra puerta

que Nadia cerró ocultando luego la llave en un diván.

Libre ya de su adversario chino, Gerardo entró en la habitación y quiso abrir violentamente la puerta por donde Ivanoff había escapado.

—¿A qué entra usted aquí? — protestó Nadia.

—¡Lo sabe usted tanto como yo, señorita! ¡Déme la llave!

—¡No!

—¡Los espías no tienen sexo y olvidaré que usted es una mujer!

—¡Búsquela, ya que es tan aficionado a ser detective!

—Señorita, cuando se juega con los secretos de Estado, la justicia no respeta a la belleza.

—Haga de mí lo que quiera. La llave no se la daré.

—¡Miserable!

Pero convencido de que era absurdo luchar contra la terquedad de aquella mujer, volvió a saltar por el balcón con ánimo de cortar la retirada a Ivanoff, si llegaba todavía a tiempo.

El maldito chino, que estaba agazapado

en el jardín, cayó otra vez sobre el teniente, pero éste, ágil y listo, pronto le estrujó en sus brazos.

—¡Miserable! ¿Dónde ha ido tu dueño?... ¡Contesta!

Bajo el dogal de la asfixia, el oriental confesó:

—Está en el *lío*... falucho... aislado... señol...

—¡Ah, bandidos!

Dejó libre al chino y se dispuso a perseguir a Ivanoff.

En una de las avenidas del jardín, encontró a la pobre Virginia.

—¿Dónde vas, Gerardo? — suplicó ella, dolorida.

—No puedo entretenerme... Pero fía en mi palabra... ¡Te quiero!

—¡No te creo!... ¡Traidor! ¡Falso! ¡Ingrato!... Vas en busca de la princesa.

Pero el teniente ya no la oía, pues por encima de todo, estaba su santo anhelo de recuperar el tratado.

Virginia quedó llorando en un rincón...

* * *

Melitón y Fermín habían llegado paseando hasta la fachada del Gran Hotel.

Seguían comentando la extraña pérdida de la carta.

—¡Vaya palacio!—dijo de pronto Melitón. Debe ser la taberna de los oficiales.

Quitóse el sombrero y cayó de él la carta que distraídamente se había puesto en el forro.

—¡Ya salió!—dijo. ¡Por fin!

—Mira que olvidarte de lo que tienes en la cabeza!

—¡Soy un estúpido!

—¡Es verdad! Un día vas a ir al barbero a que te afeiten los pies. Pero no pierdas tiempo y entrega la carta... Esa señorita ya no estará en el barco; si probases en ese hotel...

Melitón entró en el hotel y fué conduciendo ante Virginia a la que dió la carta de Gerardo, explicando al propio tiempo la tardanza.

El alma dolorida de la muchacha pareció de nuevo llenarse de luz. Acaso estuviera Gerardo intentando alguna aventura heroica.

No riñó a Melitón, quien se marchó encantado de la bondad y de los ojos tristes de la señorita.

Quedó Virginia meditando lo que debía hacer... ¡Si Edward estuviera ahora con ella! Pero el capitán había marchado poco antes a bordo.

Vió de pronto salir a la calle a Nadia Alexandra.

¿Quién sería realmente esa mujer? ¿Una espía o una aventurera galante?

—¡Pronto! ¡Mi abrigo!—dijo.

Y subiendo a un taxi ordenó siguiera al coche en el que Nadia acababa de subir.

Pronto se dió cuenta Nadia de que la seguían.

Llegó la espía a la casa donde los cómplices tenían su vivienda. Bajó del auto y se detuvo ante la acera.

Virginia, valiente y energica, descendió a su vez y contempló airadamente a la supuesta rival.

—¡Sé a lo que usted viene, señorita!—dijo Nadia, riendo. Pase usted y verá que sus sospechas son infundadas... Su prometido es un perfecto caballero que la adora con locura.

Virginia, deseosa de descubrir el velo del misterio, accedió a entrar.

La hicieron subir a un cuarto.

—¡Pronto vendrá su novio! Espere ahí —le dijo Nadia.

Y saliendo, la dejó encerrada bajo llave.

—Guardemos a la novia como garantía... —explicó a varios cómplices.

Y pronto pudo convercerse la infeliz Virginia de que estaba prisionera.

Gerardo se había dirigido al río. Subió a una lancha y se encaminó rápidamente hacia el falucho que estaba parado.

Atracó junto a aquel lanchón y lanzóse contra dos chinos que querían impedirle el paso y a los que arrojó al mar.

Luego avanzó por una escalerilla y vió a Ivanoff que hablaba con varios sujetos.

El pacto secreto estaba sobre la mesa e Ivanoff decía:

—¡Nadia es muy guapa, muy conquistadora, pero muy imbécil! Sin la clave no vale nada el documento. Y esto está escrito en la clave exclusiva del Almirantazgo.

Gerardo sonrió y apareciendo ante ellos, armado de una herramienta que había encontrado en la barca, dijo:

—¡Buenas noches, señores! ¡Yo voy a traducir ese galimatías!

Echó el hierro contra la luz de petróleo que pendía del techo, y ésta cayó al suelo. Apoderóse del documento y escapó lanzándose al mar, pues sus perseguidores iban a darle alcance y no tuvo tiempo de saltar a su lancha.

Nadaba desesperadamente...

En pocos momentos el falucho fué pasto de las llamas, pues la luz, que era de petróleo, había prendido en unas maderas y todo convirtióse en una hoguera.

Ivanoff y sus hombres saltaron al bote que había dejado Gerardo y se encaminaron hacia la playa.

La casa en la que estaban Nadia y varios de los cómplices se hallaba situada cerca del mar.

Desde una ventana vieron al falucho que estaba ardiendo y corrieron hacia la playa para prestarle auxilio.

Y cuando Gerardo veía ya el triunfo cercano, al ganar la costa, cayeron sobre él los cómplices de Ivanoff que acababan de llegar y a quienes el destino les proporcionaba tan interesante prisionero.

Esta vez Gerardo no pudo huir y fué llevado al refugio de los espías.

No tardaron en aparecer Ivanoff y sus hombres. Una alegría feroz se apoderó de ellos al saber que había sido detenido Gerardo.

Entraron en la habitación donde estaba el prisionero. Le registraron brutalmente, logrando recuperar de nuevo los planos.

Mientras tanto, el populacho chino rodeaba el barrio europeo y se dirigía en actitud hostil hacia el Consulado de Inglaterra, cortando antes las comunicaciones telefónicas.

El cónsul ordenó que todos los habitantes de la concesión entrasen en el consulado a fin de defenderse en común e impedir que los niños y las mujeres cayesen en poder de las airadas turbas, excitadas por las prédicas de los revoltosos europeos.

Pero ajenos a lo que allá cerca pasaba, pues ni Ivanoff ni sus hombres habían dado aquella orden inmediata de revuelta que acababa de salir espontáneamente del pueblo, los espías rodeaban a Gerardo.

Se presentó Nadia ante el oficial, mirándole con unos ojos traidores.

—¡Tenía razón, señor oficial! —dijo, riendo—. Los espías no tenemos sexo. Ahora

verá cómo una mujer es más valiente que un marino.

El contestó con una mirada despectiva. ¿Qué querían?

—Venga la clave y tendrá usted la libertad —le gritó Ivanoff.

—¡No!

—Tengo un buen argumento para hacerle hablar.

Momentos después avanzaba por la habitación la pobre Virginia. Los dos novios cruzaron una mirada de dolor. Virginia al ver preso al oficial comprendió su fidelidad.

—Sufrirá usted martirio ante ella... si no quiere dar la clave.

—¡Morir antes que traicionar a la patria! —exclamó Gerardo.

También ella guardaba silencio con el valor de las verdaderas heroínas.

A una orden de Ivanoff le retorcieron los secuaces los brazos con feroz brutalidad, pero a pesar del dolor que sentía, como si le estuviesen descuartizando, el joven oficial mantuvo su negativa.

Virginia estaba a punto de desvanecerse.

Nadia salió con ella de aquella habitación, un poco compadecida en el fondo de su alma por el dolor que sufría la inocente.

Ivanoff insistía en sus rudas pretensiones.

—¿No hablarás aunque te martiricemos?

—¡Nunca!

—¡Pues te arrancaremos la lengua!

—¡Hazlo, miserable! ¡Y mírame a los ojos!... ¿Te acuerdas de mí?

—¡Oh... sí!... ¡Es verdad! ¡Tú eres aquel camarero traidor... ahora te reconozco!... ¡Des muertes merecerías, perro!

Pero el servicio de contraespionaje tenía servidores fieles. Y uno de los supuestos cómplices de Ivanoff hizo a Gerardo una extraña señal para indicarle que estaba dispuesto a ayudarle.

Comprendió Gerardo lo que aquel sujeto se proponía. Este dió la vuelta al conmutador de la luz quedando la estancia a oscuras, lo que aprovechó el oficial para librarse en enérgico impulso de sus enemigos, saltar por la ventana y escapar, no sin apoderarse antes del pacto secreto.

También huyó el contraespía oriental...

Y cuando la luz se hizo de nuevo, Iva-

noff y sus cómplices observaron la desaparición de Gerardo y del documento secreto.

¡El bandido! ¡El miserable!

Iban a salir para perseguirle cuando llegó, dando muestras de gran emoción, otro de los cómplices.

—¡El pueblo se ha sublevado creyendo mis anteriores consejos, sin que nosotros tengamos tiempo de huir!—explicó.

—La revolución estaba señalada para el mes que viene, no tan pronto...

—¡Estamos perdidos!... ¡No respetarán ningún europeo!

—Salgamos... Y procuremos refugiarnos en algún consulado.

El pánico era extraordinario. Ivanoff y sus hombres se dispusieron a huir.

Necesitaban salvar la piel por encima de todo. La turba bárbara, con las pasiones exaltadas, no respetaría siquiera a los mismos predicadores de la revolución: todos eran europeos, a los que había que aniquilar.

* * *

Entretanto el almirante Bekerley se había enterado de la llegada de su hija. Habló con Edward. Llamaron al hotel, pero allí les dijeron que Virginia había desaparecido.

Tampoco se sabía noticia alguna del teniente Gerardo.

—¡Movilizad a toda la policía de a bordo!—ordenó el almirante.

Y empezaron a salir nutridos grupos en busca de los fugitivos.

Gerardo al huir de la casa de Ivanoff, pudo ver la revolución que estallaba ya en las calles de la concesión europea.

Las turbas se arremolinaban ante el Consulado inglés donde se habían refugiado la mayoría de los europeos.

Comprendiendo la gravedad de la situación y la necesidad de salvar a Virginia, prisionera de unos europeos tan bárbaros como los mismos chinos sublevados, Gerardo con un aparato de telegrafía sin hilos lanzó a las escuadras las letras: S. O. S. Socorro. S. O. S. SOCORRO.

Y al recibirse aquel mensaje, se dió inmediatamente orden de formación y los marinos y los soldados de infantería de marina se dirigieron a tierra para apagar los focos revolucionarios.

Ivanoff y sus cómplices, manejadores de la exaltación popular, buscaron refugio en el consulado británico, olvidando a las mujeres que quedaron en la casa.

La lucha había comenzado con ardorosa violencia. Parapetados tras de las puertas todos los europeos se defendían bravamente contra el impetuoso asalto chino.

Las turbas invadieron todas las calles de la concesión. Llegaron a la casa donde estaban refugiadas Nadia y Virginia, quienes ante la proximidad del peligro, borraron sus odios y se abrazaron, temblorosas, como chiquillas asustadas.

¡Ah, si Nadia hubiera podido hablar a aquellas gentes, decirlas que, aunque europea, ella era una de las mujeres que habían contribuído al triunfo de la revolución y que no merecía le hicieran daño!

Mas los orientales no reparaban en quienes habían sido sus amigos y sólo tenían

ansias de matar a las gentes que no eran de su raza.

Las dos muchachas habían puesto una trinchera de muebles ante su habitación y luchaban denodadamente.

Pero el enemigo era superior y los muebles iban cayendo uno a uno bajo poderosas mazas.

—¡Moriremos juntas! — exclamó Nadia con energía.

—¡No... no!—suspiró la desdichada Virginia—. ¡Yo quiero vivir... vivir!

Nadia la miró con emoción. Recordó que aquella mujer era la novia del teniente y sintió por ella profunda compasión.

—¡Quiere vivir!—se dijo—. ¡Pobrecilla! ¡Ella ama!... ¡A mí, en cambio, nadie me quiere de verdad!

Y en aquel momento pareció que se le aparecía todo el abismo de su vida de aventureña.

Las turbas estaban ya a punto de entrar... Virginia quería seguir viviendo. Pero Nadia, antes de caer en poder de aquellas gentes, bebióse rápidamente la mitad del contenido de un veneno.

La muerte fué instantánea.

Virginia lanzó un grito de horror al verla caer...

Ya la puerta cedía, ya aparecían entre la madera hendida los brazos férreos de los vencedores.

¡Ah, tenía razón la aventurera! ¡Era preciso morir antes que caer en aquellas manos!

Cogió el resto del veneno, pero en el momento en que iba a apurarlo, cedió la puerta y no fueron únicamente los chinos los que entraron, sino los soldados y marinos que acababan de llegar al mando de Edward y de Gerardo.

Uno de los chinos lanzóse puñal en mano contra Virginia; ésta fué a beber, pero un tiro hizo tambalear en tierra al miserable.

Gerardo Larcelles, que poco antes se había juntado con las tropas de Edward, era el que había disparado.

—¡Gerardo! ¡Gerardo!—exclamó Virginia.

Cayó en sus brazos, transida de dolor, de emoción, mientras Edward contemplaba a su amigo acusándole de haber hecho sufrir cruelmente a la pobre criatura.

* * *

Los dos oficiales pusieron en sitio seguro a la muchacha y rápidamente redujeron a los chinos.



—¡Gerardo! ¡Gerardo!

Horas más tarde, la sublevación estaba vencida.

Y allá, en el consulado, Ivanoff entró en el despacho del cónsul, abrió la caja de caudales y se apoderó de cuanto dinero había en ella...

Escapó por una puerta lateral en compañía de sus cómplices. Pero pronto le rodearon varios grupos de chinos armados con alfanjes y cuchillos, se lanzaron contra él y con sus afiladas armas le cercenaron la garganta, apoderándose del dinero.

También los secuaces fueron muertos por los chinos sublevados.

Acudió luego la marinería, restableció la paz y la inútil revuelta quedó dominada de modo definitivo.

* * *

Gerardo Larcelles regresó a bordo con Virginia y Edward y explicó al almirante todo lo que había sucedido.

La joven se encontraba ya bien y decía:
—Sí, papá! Gerardo Larcelles ha coronado nuevamente de gloria la marina británica. Ha salvado a la colonia, pues él fué quien pidió auxilio.

—Yo me permito ahora ofrecer a usted el pacto secreto que habían robado esos miserables espías que han sido víctimas de su propia obra. Todos han muerto a manos de los mismos chinos—dijo Gerardo.

El almirante, que hasta entonces había permanecido con el ceño adusto, sonrió al ver que Gerardo le ofrecía el importante documento.



...la inútil revuelta quedó dominada...

Y estrechó la mano de aquel bravo militar, exclamando:

—¡Has realizado una brava acción! Creo que esta vez podrás casarte con mi hija sin esperar otras hazañas.

—Me casaré cuanto antes... Siento la nostalgia de la paz.

Y meses después se celebró la boda de Virginia con el famoso héroe en la ciudad de Londres. Y la paz y el amor, cobijados por la gloriosa bandera de la patria, sucedieron a los días de aventura y ansiedad.

FIN

Mañana

en las selectas

Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica

EL DESPERTAR

por VILMA BANKY

NO SE OLVIDE DE

La Novela del Chofer

30 cts.

La mejor publicación de novelas modernas

Lujosa nueva colección de novelas, con postal regalo.

La Novela Americana Cinematográfica

30 cts.

Le interesa
30 cts.

La Novela de la Modistilla

|||

PIDA EN CUALQUIER QUIOSCO:

Plastic Films

Beldades de la pantalla en «poses» de arte

CADA FOTOGRAFIA, UN CUADRO

Precio: 1 PESETA

Acaba de aparecer:

La Novela Frívola Cinematográfica

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1



E. B.